

EL VENDEDOR DE PAN

Antonio Díaz Tortajada

ELVO EDITORIAL · POESÍA
INFO@ELVOEDITORIAL.COM
WWW.ELVOEDITORIAL.COM

PRIMERA EDICIÓN, NOVIEMBRE 2020.

© ANTONIO DÍAZ TORTAJADA.
© ELVO EDITORIAL.
© FOTOGRAFÍA: ALFREDO SÁNCHEZ
© DISEÑO CUBIERTA Y MAQUETACIÓN: DANIEL MOSCUGAT.
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

DEP. LEGAL: MA 1142-2020
ISBN: 978-84-121247-5-0

QUEDA PROHIBIDA LA DISTRIBUCIÓN, REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL, TRANSFORMACIÓN O COMUNICACIÓN PÚBLICA POR CUALQUIER VÍA SIN CONTAR CON LA AUTORIZACIÓN PREVIA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, SALVO LOS PREVISTOS POR LA LEY.

EL VENDEDOR DE PAN



Antonio Díaz Tortajada

EL VENDEDOR DE PAN

EL VENDEDOR DE PAN

Amasando tristezas y cariños
yo construyo un sagrario de palabras
—con sus cinco palabras—. Lejos vela
el viento estremecido: Pentagrama
donde canta su verso misterioso
este poco de pan esta mañana.

Luego salgo al camino. A voz en grito
recorro calles con mi voz extraña:
—¡Vendo pan recién hecho... candeal,
y cocido al calor de las entrañas
de Dios!... ¡Vendo pan! ¡Con mis manos
lo amasé y también con vuestras lágrimas!

Pasan hombres. Me miran y... se alejan
con un vago murmullo en su garganta.
“Un vendedor más”, dicen acaso.
¿Acaso un vendedor?... Pero se engañan:
¡Regalo este pan blanco, recién hecho...!
Un charlatán al fondo la plaza
vocea sin cesar. Cojo mi cesto
y grito yo también...:
«¡Pan, pan se regala...

¿Quién lo quiere?... ¡Es el pan que da más vida,
el pan que quita angustias y da gracia...!».
Nadie se ha detenido. Todos siguen
mascullando mendrugos... odios... lágrimas.
Todos pasan. Se acerca un hombrecillo,
(mendigo al parecer) querrá posada...:
«Comeré de su pan si usted me atiende.
Necesito un empleo sin tardanza
y si no pierde el tiempo inútilmente...».
«Pero pienso—Jesús multiplicaba
el pan ... el pan... no los empleos
cuando el vulgo iba en pos de su palabra...».

He recogido el pan. Y voy de vuelta.
(No hay mendigos de pan en esta patria).
Volveré con mi Dios a su silencio,
volveré a ocultarlo entre unas tablas
para darlo a las gentes que aún lo buscan
y vienen a por él cada mañana.

Yo no quiero entregarlo, como Judas,
por unas monedas de plata...
... a cambio de un empleo... ¡de un empleo!

No se puede seguir haciendo farsa
a costa del Amor.
Vengo de vuelta.

Aquí nos sobra el pan como en la casa
—rebotante de amor—del hijo pródigo
donde sólo a esos hijos se echa en falta.

Volvamos, pues, oh Dios, a tu sagrario
«para lo mismo responder mañana».

Entre tanto yo sigo construyendo
su morada con mis cinco palabras:
«Éste es mi cuerpo, pues”... “ésta es mi sangre...”
Un sagrario con estas cinco tablas
para guardar el pan... que no lo coman
esos perros... que a Dios y al diablo aguardan.
Y luego volveré a salir en vano
a ofrecerles tu pan... a los que pasan.

EL ECO DEL SILENCIO

I

Los ojos del tiempo
caminan
caminan
calles y personas,
ciudades,
 pueblos,
días y noches;
en medio del camino
la luna es un potro
que rompe la tarde
y el amor una extraña travesía
que amanece entre las sombras.
Yo dudé siempre
de esas islas eternas
que crecían en mis dedos
porque las uñas
nunca fueron olvidadas por el tiempo.
Hoy sé que muero
con cada grito
que lanzan los días
pero sé también
que crezco contra el tiempo
mientras mi alma camina

estremecida
hacia el Gran Tiempo.

II

Qué distancia de sombras
la que ponen
el instante y el grito;
qué silencio azorado
el de los pájaros gastados
que habitaban
en la sangre de la tarde;
qué distancia cercana
la de la luz y la palabra
cuando madejas de almas
se confunden con el beso;
qué asombrado sueño
el del niño que llora
porque perdió entre sus sábanas
una lágrima de plata;
qué distancia de estrellas
esto de crecer y el morir
cuando se camina de espaldas
inventando nombres
en la nueva aurora de la nostalgia.

III

Siénteme,
 hermano,
soy barro de cedros y noche,
alma que ambula
por las vidas de la vida,
yo,
 como tú,
perduro en los sauces
y azoto sus azules,
yo,
 como tú,
trepo horizontes de estrellas
y galopo,
 con mi sangre,
sobre un tiempo plural.
Siénteme,
 hermano,
yo también soy el hambre,
y tus manos vacías,
y la canción del viento;
soy peregrino eterno
que busca el Amor...
Siénteme,

hermano,
cuando pase a tu lado
porque yo,
como tú,
llevamos escondida
entre nuestras ropas
la misma piel de Dios.

IV

Por este ser de peregrino
que llevo puesto
en los zapatos del alma es que el andar
ha ido madurando
de vigilia en vigilia.
Una y otra vez
me paré en el desierto de mis manos
para oxigenar mi ideal
y despedirme de la arena;
fui y también un poco el otro,
aquél que detiene el mar
en el puño de su mano,
el que sueña
con un elemental atardecer
sin paredes ni andamios,
pero la vida
no admite paradas ni retrocesos;
fuimos hechos para el camino
y para una muerte anticipada,
a veces,
detrás de todo esto
hay un viejo viaje,
un más allá,

una historia que escribir.
Hay que seguir la huella
que dejaron los pájaros en el viento
y no detenerse jamás.
Estamos en deuda
todavía
con ese otro camino
que no nos recorrimos dentro.